

El personaje lector: un legado quijotesco contra la violencia latinoamericana*

The Reader Character: a Quixotic Legacy Against Latin American Violence

María Elena Fonsalido**
Clea Gerber***

Resumen

En las dos novelas que se analizan en este trabajo, *Amuleto*, de Roberto Bolaño (1999) e *Insensatez*, de Horacio Castellanos Moya (2004), los protagonistas son personajes lectores que enfrentan de lleno la violencia estatal latinoamericana en forma de masacre. Oscilando entre la locura y la lectura como modo de relacionarse con el mundo, los dos textos presentan una matriz cervantina en la construcción de sus personajes centrales. La propuesta es que frente a situaciones de violencia histórica concreta, los escritores latinoamericanos contemporáneos encuentran en el *Quijote* una figura generadora de nuevos personajes, a través de procedimientos de inversión y desvío. Si en el *Quijote* el protagonista busca mediante la lectura un modo de escapar de una realidad mediocre y asfixiante, en las novelas latinoamericanas contemporáneas los personajes centrales hacen de la lectura una respuesta a la violencia desatada e incontrolable.

Palabras claves: Quijote, violencia, Latinoamérica, personaje lector

Abstract

In both novels analyzed in this work, *Amuleto*, by Roberto Bolaño (1999), and *Insensatez*, by Horacio Castellanos Moya (2004), the main characters are big readers fully facing Latin American state violence in the form of massacre. Oscillating between madness and reading as a way of interacting with the world, both texts display a Cervantes-like pattern in terms of the construction of their central characters. The proposition is that, under situations of concrete historical violence, contemporary Latin American writers find in the figure of Quixote a generator of new characters by means of inversion and diversion

* Se trata de un artículo científico que proviene de una investigación independiente que estamos realizando las autoras. Hemos incursionado en el tema en los siguientes trabajos: “De lectores insensatos. La matriz quijotesca de la locura en *Insensatez*, de Horacio Castellanos Moya”. Julia D’Onofrio y Clea Gerber (eds.). *Don Quijote en Azul 6. Actas selectas de las VI Jornadas Internacionales Cervantinas celebradas en Azul (Argentina) en 2013*. Azul: Del Azul, 2014, pp. 179 – 185; “El *Quijote* y la representación de la violencia política en América Latina: los casos de Roberto Bolaño y Jorge Franco”, presentado en el Coloquio Montevideana IX (2015) y en prensa en las Actas correspondientes; y “El *Quijote* y la violencia latinoamericana del siglo XX: la utilización de la figura quijotesca en dos textos de Jorge Franco y Carlos Gamerro”, *Impossibilia* N°11, junio de 2016, pp. 54 a 79.

** Argentina, Magíster en Literatura española y latinoamericana y doctoranda por la misma universidad, Universidad Nacional de General Sarmiento, malenafons@yahoo.com.ar

*** Argentina, Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Conicet y Universidad Nacional de General Sarmiento, cleagerber@gmail.com

María Elena Fonsalido y Clea Gerber

procedures. While in *The Quixote* the main character resorts to reading as a way of escaping from a mediocre and asphyxiating reality, in contemporary Latin American novels, the central characters turn reading into a reply to unleashed and uncontrollable violence.

Keywords: Quixote, violence, Latin America, reader character

El lector adicto [...], y el lector insomne [...], son representaciones extremas de lo que significa leer un texto, personificaciones narrativas de la compleja presencia del lector en la literatura. Los llamaría lectores puros; para ellos la lectura no es solo una práctica, sino una forma de vida.

Ricardo Piglia, *El último lector*

LA HISTORIA RECIENTE, LA TRADICIÓN LITERARIA

La pregunta por cómo representar la violencia de la historia reciente recorre la literatura latinoamericana de las últimas dos décadas. De un tiempo a esta parte, numerosos estudios se han ocupado del tema, ya sea en abordajes de conjunto o bien a partir de enfoques organizados según contextos nacionales o de obras y autores puntuales¹. Dentro de este vasto panorama, este trabajo se inscribe en una investigación en curso que indaga los modos en que los escritores contemporáneos latinoamericanos “utilizan” la figura quijotesca en relación con la temática de la violencia política. El *corpus* de textos abordado involucra diversas aristas del problema: violencia estatal, revolucionaria, delictiva, entre otras. El presente estudio se centra particularmente en dos novelas: *Amuleto* (1999) de Roberto Bolaño e *Insensatez* (2004) de Horacio Castellanos Moya, que hacen foco en la violencia del Estado.

A lo largo de nuestra investigación, hemos podido comprobar que algunos autores latinoamericanos de fines del siglo XX y comienzos del XXI recuperan la imagen de don Quijote en narraciones fuertemente marcadas por situaciones de violencia de sus respectivos países. Es decir, enfrentados a uno de los problemas centrales de la narrativa latinoamericana actual, cómo narrar el horror vivido en la historia reciente de los países que conforman el continente, estos escritores encuentran una “respuesta” a esta inquietud en la tradición, concretamente en el *Quijote* de Cervantes.

El análisis de este tema pone en evidencia un presupuesto del que partimos: que el clásico sigue operando en la literatura contemporánea con potencia, y que la tradición cervantina, a cuatrocientos años de su aparición, se revitaliza constantemente acorde con los nuevos contextos

¹ La violencia en la literatura latinoamericana se ha convertido en un género. A los canónicos (narrativa de la Revolución Mexicana, de la Violencia colombiana, de la Revolución Cubana, novela del tirano) se la agregan las referidas a las dictaduras de los distintos países y la narcoliteratura. La crítica se ha ocupado intensamente del fenómeno. A modo de ejemplo, señalamos tres volúmenes colectivos: *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, publicado en 1987 a partir del congreso realizado en la Universidad de Minnesota el año anterior; *Literatura y violencia en la narrativa latinoamericana* (2015), producto de un simposio organizado en la Universidad Nacional de La Plata en 2012, coordinado por Teresa Basile y *Representaciones de la violencia en América Latina: genealogías culturales, formas literarias y dinámicas del presente* (2015), editado por Ana Amar Sánchez y Luis Avilés, consecuencia de un simposio realizado en la Universidad de California-Irvine en 2013.



históricos y con los nuevos desafíos literarios. Seguimos en este punto las ideas de Calvino en “Por qué leer los clásicos”², donde afirma: “el máximo ‘rendimiento’ de la lectura de los clásicos lo obtiene quien sabe alternarla con una sabia dosificación de la lectura de actualidad” (1995, 18). Asimismo, una de las razones que aquí se dan para leer a los clásicos reza lo siguiente: “Un clásico es lo que persiste como ruido de fondo incluso allí donde la actualidad más incompatible se impone” (1995, 19). Esto último es especialmente atinado para el cruce que plantean los textos analizados entre el *Quijote* cervantino y la violencia latinoamericana de las últimas décadas.

Nos ocuparemos entonces de indagar este fenómeno en las dos novelas mencionadas. Por empezar, encontramos que sus autores ostentan lo que podríamos llamar la marca de lo latinoamericano. Afirma María Stopen Galán: “Si hoy se puede hablar de un escritor al que es posible otorgarle con amplitud el gentilicio de *hispanoamericano*, sería Roberto Bolaño” (2013, 239, destacado en el original). Nacido en Chile, residente en México, país que lo marca literaria y existencialmente, muere finalmente en España. Por su parte, para Celina Manzoni, “Horacio Castellanos Moya, nacido en Honduras, hijo de padre salvadoreño, residente en El Salvador, México, Guatemala, Canadá, Estados Unidos, Alemania” se constituye en ejemplo de la “errancia” (2015, 112-3) del continente y de una síntesis de la literatura de los países de Centroamérica.

Una segunda marca, que se sobreimprime a la condición latinoamericana de los autores analizados es la de la violencia. La experiencia de Roberto Bolaño con la represión fue directa: “En 1973 estuve ocho días detenido por los militares golpistas de mi país” (2002, 201). A partir de esta situación, emprende el exilio. El tema de la violencia latinoamericana, especialmente la chilena y la mexicana, son una constante en su narrativa. Así, *Estrella distante* (1996) y *Nocturno de Chile* (2000) se centran en la dictadura pinochetista, mientras su monumental y póstuma novela, *2666* (2004) tiene como tema los feminicidios y el narcotráfico de la Ciudad Juárez de principios del siglo XXI.

Horacio Castellanos Moya, por su parte, se desempeñó como periodista y miembro del Frente Farabundo Martí durante la guerra civil salvadoreña, en la década del 80, aunque posteriormente se separó de la agrupación por disidencias con la dirigencia. Sufrió el exilio, y regresó dos veces en la década del 90, pero, desencantado de la democracia de su país, publicó en 1997 *El asco. Thomas Bernhard en San Salvador*, novela que le suscitó amenazas de muerte. Por esta razón, volvió nuevamente a vivir en el exterior. Su amplia producción novelística retorna incesantemente al tema de la guerra civil salvadoreña y de Centroamérica toda, como también al análisis despiadado de la clase dirigente de estos países. Además de la novela que nos ocupa y de *El asco*, textos como *El arma en el hombre* (2001), *Donde no estén ustedes* (2003) o *Tirana memoria* (2008), entre otros, dan cuenta de estas preocupaciones. La represión, la tortura, las masacres, el destierro, son para él experiencia vivida y no relato escuchado.

En las novelas que se analizan en este trabajo, el protagonista es un personaje lector en quien también se delega la responsabilidad de la narración. Ambos personajes se enfrentan de lleno a la violencia estatal tan propia del subcontinente, aquella que lo abandona en “la intemperie latinoamericana, que es la intemperie más grande porque es la más escindida y la más desesperada” (Bolaño 1999, 42-3). En las dos novelas, esta violencia toma la forma de la masacre. También en las dos, el arma exclusiva con la que cuenta el protagonista para enfrentar esta masacre es la lectura. Así, si en el *Quijote* la lectura se concibe, entre otras funciones, como un modo de escapar de una realidad mediocre y asfixiante, en las novelas latinoamericanas

² Ítalo Calvino, *Por qué leer a los clásicos*, Barcelona: Tusquets, 1995.



contemporáneas, la lectura funciona como una respuesta (diferente en cada uno de los textos que analizamos) a la violencia desatada e incontrolable.

Nos proponemos entonces indagar en dos de estos “lectores puros” de raigambre quijotesca referidos por Piglia en el epígrafe de este trabajo. Se trata de dos personajes de la literatura latinoamericana de nuestros días que repiten el modelo cervantino: el loco lector³. Esta consideración responde a una concepción de la tradición literaria y de su uso por el escritor contemporáneo. Si acordamos con Víktor Shklovski (1995)⁴ en que las musas son la tradición literaria, la estructura del loco lector lleva, casi necesariamente, a la figura de don Quijote. Desde nuestra concepción, el magisterio cervantino, a cuatrocientos años de la publicación de la novela, conserva vigencia y se constituye en una verdadera y dúctil matriz narrativa. De esta manera, a través de una constante y fructífera lectura de la tradición literaria, el personaje cervantino continúa generando nuevos descendientes. Como lúcidos hijos de Pierre Menard, los escritores contemporáneos tienen en cuenta los siglos transcurridos, pero, al mismo tiempo, retornan a esta matriz productiva.

LA VIOLENCIA COMO MASACRE

El diccionario de la Real Academia Española define así el concepto de “masacre”: “Matanza de personas, por lo general indefensas, producida por ataque armado o causa parecida”. En América latina, la violencia ha tomado esta forma en diferentes lugares a lo largo de todo el siglo XX. En 1967, Gabriel García Márquez⁵ metaforiza el horror en la forma del tren con tres mil cadáveres que José Arcadio Segundo ve pasar por Macondo sin que nadie más se percate de ello. En el límite entre los dos siglos, Roberto Bolaño y Horacio Castellanos Moya focalizan en dos hechos históricos emblemáticos: la matanza de estudiantes secundarios y universitarios huelguistas en la plaza de Tlatelolco y la matanza, a lo largo de treinta años, de tribus mayas en Guatemala. En ambos casos, una figura quijotesca narra y soporta la masacre.

En *Amuleto*, Bolaño toma como centro y eje los sucesos de septiembre de 1968, cuando el ejército mexicano violó la autonomía universitaria de la UNAM. Este hecho, preanuncio del catastrófico 2 de octubre en la plaza de Tlatelolco, que habría de llevar a la muerte a centenares de estudiantes, funciona en la novela como la lente a través de la cual se miran todos los sucesos violentos de la historia latinoamericana reciente. La protagonista, que tiene el “inveterado vicio de leer en el baño” (Bolaño 2007, 28), está sentada en el baño de mujeres de la Facultad de Filosofía y Letras, abstraída leyendo un libro de poemas de Pedro Garfias, y queda allí encerrada “justo en el momento en que los granaderos conchudos entraban a la Universidad” (28).

El trágico suceso de la plaza de las Tres Culturas fue disparador de textos canónicos de la literatura mexicana, como *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska (1971). En este sentido, Celina Manzoni⁶ propone que la apuesta de Bolaño consiste en constituir este lamentable hecho

³ Por razones de espacio, nos dedicaremos al aspecto de la lectura, si bien resulta difícil escindirlos, dada la importante y cervantina relación que en las novelas se establece entre lectura y locura. Ver. Ricardo Piglia, *El último lector*. Buenos Aires: Anagrama, 2005.

⁴ Víktor Shklovski.: “Cómo está hecho Don Quijote: los discursos de Don Quijote”, en E. Volek, *Antología del Formalismo ruso y el grupo de Bajtín. Semiótica del discurso y Posformalismo bajtiniano*, Vol. 2, (Madrid, Fundamentos, 1995): 137-147.

⁵ Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*. (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1967): Cap XV.

⁶ Celina Manzoni, ed, “Reescritura como desplazamiento y anagnórisis en *Amuleto*”. En *Roberto Bolaño: la escritura como tauromaquia*, (Buenos Aires: Corregidor, 2002), 175-185.



histórico en el punto que condensa toda la violencia, el espejo que no se puede dejar de mirar (2002). Lo que la novela llama el “crimen atroz” (11) latinoamericano por antonomasia: la aniquilación de los jóvenes. A partir de esta consideración, “*Amuleto* se propone como la expansión de un *Aleph* trasladado desde una casa en peligro de demolición en Buenos Aires, a una ciudad nocturnal recorrida por la ceniza” (Manzoni 2002, 179).

En lo que respecta al contexto histórico de la novela de Castellanos Moya, es importante recordar que después de treinta años de guerra civil entre fuerzas armadas y población aborígen, en Guatemala se inició un lento proceso de esclarecimiento de los sucesos de la historia reciente. La CEH (Comisión de Esclarecimiento Histórico) fue creada en 1993. El resultado de su trabajo de recopilación de testimonios, *Guatemala: Memoria del silencio*, se publicó en 1999. Un año antes de esta publicación, en 1998, apareció el *Informe REHMI* o *Informe del proyecto interdiocesano de la recuperación de la memoria histórica*, conocido también con el nombre de *Guatemala: Nunca más*, promovido por la Iglesia Católica guatemalteca. El trabajo se organiza binariamente: por un lado, relato y comentario de los hechos atestiguados; por el otro, testimonio directo de los reprimidos (integrantes de diversas comunidades mayas). Estos testimonios aparecen recuadrados en el informe y con un tipo de letra que los distingue de los relatos y comentarios.

Castellanos Moya parte del *Informe REHMI*. La novela reproduce la tipografía del informe real. Los testimonios en cursiva, en palabras de su autor, arman el “diseño” de *Insensatez* (Castellanos Moya 2012). La novela se articula alrededor de la incorporación de 32 testimonios: en el reportaje concedido a la revista digital *Los anillos de Saturno*, Castellanos Moya afirma que cada uno de estos testimonios es, en su concepción, “sangre coagulada”. A partir de ellos, el protagonista mezcla sus irónicos comentarios con el relato de los hechos siempre atemorizantes que lo circundan.

Postulamos entonces que, tanto para armar un personaje que clava la historia de América latina en la violencia estatal, como para construir uno que pueda dar cuenta del horror de la masacre centroamericana, Roberto Bolaño y Horacio Castellanos Moya, respectivamente, parten del modelo quijotesco, al que, como en toda reescritura, someten a desvíos e inversiones. De este modo, la figura tradicional, ancestral pero siempre viva de don Quijote se constituye en una de las respuestas posibles a cómo narrar el horror. En estos textos, la figura quijotesca pierde su concepción “romántica” de opositora a toda injusticia, para ser considerada en su vertiente más literaria: su definición como personaje lector. Cabe recordar que su identificación con la palabra escrita es tal que, en el capítulo “Representar” de su célebre libro *Las palabras y las cosas*, Michel Foucault⁷ identificó al personaje como un “largo grafismo flaco como una letra” (Foucault 2011, 63). Así pues, es curioso constatar que frente a las situaciones de violencia expuestas en las novelas que analizamos, los escritores buscan una respuesta ya no en la lucha, sino en la letra; no en el paladín justiciero, sino en el “largo grafismo”: como si frente a la pregunta por lo humano que provoca la masacre histórica, solo se pudiera responder con la representación del clásico literario; como si la ficción fuera el único modo concebible de soportar los hechos reales⁸.

⁷ Michel Foucault, “Representar”, en *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, 63-93. Buenos Aires: Siglo XXI, 2011.

⁸ Resulta interesante el “viraje” que sufre la figura quijotesca en las dos novelas que analizamos respecto de la representación que se cultivó del personaje a partir del romanticismo. Al final de su vida, Simón Bolívar habría exclamado, frente a una biblioteca donde se encontraba el *Quijote* de Cervantes: “¡Jesucristo, don Quijote y yo, hemos sido los más grandes majaderos de este mundo!”. En el siglo XX, Ernesto Guevara recoge esta tradición en la conocida carta a sus padres en la que se despidió diciendo: “Queridos viejos: Otra vez siento bajo mis talones el



LA LECTURA COMO RESPUESTA

En un texto de finales del siglo XX, Juan José Saer propone algunas líneas que Cervantes, con su *Quijote*, marcó para la novela occidental: la segunda de estas líneas es para el escritor argentino “el tema de la lectura como medio de revelación, de transfiguración del mundo y de transformación de la persona” (1999: 38). Saer reconoce que no fue Cervantes quien inauguró esta óptica, y señala ilustres predecesores. Sin embargo, afirma, “a partir del *Quijote*, el tema de la transformación a través de la lectura se ha vuelto clásico” (38).

Los dos protagonistas de las novelas que nos ocupan viven de la lectura. Con irónicas reminiscencias autobiográficas, la protagonista de la novela de Bolaño es una sudamericana fascinada por México, que se presenta así: “Me llamo Auxilio Lacouture y soy uruguaya, de Montevideo, aunque cuando los caldos se me suben a la cabeza, los caldos de la extrañeza, digo que soy charrúa, que viene a ser lo mismo aunque no es lo mismo” (21-2). Estamos ante la primera muestra de que el personaje se construye constantemente desde la inversión quijotesca. En el primer capítulo del *Quijote* se declara que el proceso que sufrió el protagonista radicó en que “del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio” (I, 1, 23)⁹. Invertiendo esta “sequedad” de don Quijote, la locura del personaje de Bolaño se evidencia en que “los caldos se le suben a la cabeza”.

Bolaño retoma uno de los mitos urbanos más acendrados de la UNAM: la sudamericana que sobrevive como puede parasitando el ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras y que, en el fatídico momento de la intervención armada en la universidad, queda encerrada en el baño. La propia novela se hace cargo del mito en el capítulo final, cuando Auxilio comenta:

y muchas veces escuché mi historia, contada por otros, en donde aquella mujer que estuvo trece días sin comer, encerrada en el baño, es una estudiante de Medicina o una secretaria de la Torre de Rectoría, y no una uruguaya sin papeles y sin trabajo y sin una casa donde reposar la cabeza. Y a veces ni siquiera es una mujer sino un hombre, un estudiante maoísta o un profesor con problemas intestinales (2007, 148)¹⁰.

Nuevamente, en esta disparidad de versiones reconocemos el procedimiento cervantino que sumía en la indeterminación la identidad del personaje: “Quijada o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben; aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quejana” (I, 1, 22).

costillar de Rocinante, vuelvo al camino con mi adarga al brazo”. La recuperación romántica de la figura quijotesca por parte de los gobiernos revolucionarios latinoamericanos puede ejemplificarse con dos hitos: la novela de Cervantes es el primer libro que edita la Revolución Cubana en la colección Biblioteca del Pueblo, en 1960; en 2005, la Revolución Bolivariana repartió gratuitamente entre los estudiantes venezolanos la edición conmemorativa de los cuatrocientos años del *Quijote* publicada en conjunto por la Real Academia y la Asociación de Academias de la Lengua Española en América latina. La condición que pidió Hugo Chávez para realizar la enorme compra (1.000.000 de ejemplares) fue quitar el prólogo escrito por Mario Vargas Llosa. En Venezuela, la edición lleva prólogo de José Saramago.

⁹ El *Quijote* se cita por la edición de Eudeba de 1969, a cargo de Celina Sabor de Cortazar e Isaías Lerner, con prólogo de Marcos Morínigo. Se indican entre paréntesis la parte en números romanos y el capítulo y la página, en arábigos.

¹⁰ Quienes esto escribimos conocemos personas que afirman haber conocido a Auxilio.



Auxilio, dijimos, es un personaje definido por la lectura. Ronda constantemente la Facultad: hace fotocopias, traduce del francés para las cátedras. También limpia el polvo de las bibliotecas de los grandes poetas españoles exiliados en México, León Felipe y Pedro Garfias. Respecto de este trabajo temporal, afirma:

Todo quedaba cubierto por la polvareda, los libros que había leído y los libros que pensaba leer, y ahí ya no había nada que hacer, por más que usara la escoba y el trapo el polvo no se iba a marchar jamás, porque ese polvo era parte consustancial de los libros (14)¹¹.

Por su parte, el protagonista de *Insensatez* es un corrector paranoico e innominado, contratado por el arzobispado de Guatemala para corregir el informe REHMI antes de ser presentado a las autoridades: exactamente, “mil cien cuartillas impresas” (2008, 13). También cervantinamente, el personaje se define desde el comienzo en el paradigma de la locura. La primera y contundente frase que lee el corrector, frase que da inicio a la novela, es la pronunciada por un cacique cachiquel que fue obligado a presenciar el asesinato de toda su familia: *Yo no estoy completo de la mente* (13). Frente a este testimonio, el narrador no puede más que reconocer que:

solo alguien fuera de sus cabales podía estar dispuesto a trasladarse a un país ajeno cuya población estaba incompleta de la mente para realizar una labor que consistía precisamente en editar un extenso informe de mil cien cuartillas en el que se documentaban las centenas de masacres, evidencia de la perturbación generalizada. Yo tampoco estoy completo de la mente, me dije entonces [...] Yo tengo que estar mucho menos completo de la mente que estos sujetos (14-5).

Los dos personajes de las novelas que analizamos, cada uno a su modo, se constituyen en inversiones del personaje cervantino. La inversión que realiza Bolaño está explícita en el texto: “me miré en el espejo, vi una figura alta y flaca, con algunas, demasiadas ya, arruguitas en la cara, la versión femenina del Quijote” (30). Además de ser portadora de esta “triste figura”, variados son los indicios que da la protagonista de su ser quijotesco: “Yo llegué a México Distrito Federal en el año 1967 o tal vez en el año 1965 o 1962. Yo ya no me acuerdo ni de la fechas ni de los peregrinajes, lo único que sé es que llegué a México y ya no me volví a marchar” (12). Resulta sencillo relacionar esta imprecisión temporal con la indeterminación geográfica con la que comienza el *Quijote*: “En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...” (I, 1,21). En este caso, la imprecisión nos muestra a los lectores la característica alucinatoria de la narradora, que superpondrá temporalidades y espacialidades, confundirá los límites del sueño con los de la vigilia y permitirá así un pacto explícito con el lector: “Pongamos pues que llegué a México en 1965” (12)¹².

¹¹ En su conferencia “Literatura y lenguaje”, Foucault plantea “las dos grandes categorías de la literatura contemporánea” (2015, 82): la transgresión (Sade) y la obsesión por trascender la muerte (Chateaubriand). Relaciona estas categorías con el interdicto y la biblioteca, quienes “se reparten poco más o menos lo que podríamos llamar el espacio propio de la literatura” (83). En su visión, la obsesión por trascender la muerte se escenifica en el deseo de pertenecer a “esa especie de eternidad polvorienta que es la biblioteca absoluta” (82). En la novela de Bolaño, Pedro Garfias insiste ante Auxilio: “deja esos papeles tranquilos, mujer, que el polvo siempre se haavenido con la literatura” (13).

¹² En este pacto explícito resuena también el Borges del comienzo del “Tema del traidor y del héroe”: “La acción ocurre en un país oprimido y tenaz: Polonia, Irlanda, la república de Venecia, algún estado sudamericano o



Como buena lectora, Auxilio genera escritura. Su amistad con los jóvenes poetas de la generación de los años 60 aporta otra inversión cervantina: el narrador del *Quijote* se presenta en el prólogo como el “padraastro” de su personaje (Prólogo, 7). En la primera página de la novela de Bolaño, Auxilio dice de sí misma “soy la madre de la poesía mexicana” (11); y después aclara: “Yo era la madre y me creían, pero tampoco me creían *demasiado*” (72, destacado en el original). No solo la narradora se autodefine como quijotesca. Los otros personajes “me miraban como diciendo qué dice esta *loca*, qué dice esta *estantigua* salida directamente del infierno del lavabo de mujeres de la cuarta planta de la Facultad de Filosofía y Letras, y ante miradas así una generalmente no sabe qué argüir, salvo yo, claro [...] que nunca me *arredraba*” (56, los destacados, de un campo semántico propiamente cervantino, son nuestros).

Como su antecesor cervantino, también Auxilio cuenta con una biblioteca. En el capítulo 5 y 6 de la Primera parte del *Quijote*, el cura y el barbero realizan el famoso escrutinio en el cual relevan los textos y los géneros más conspicuos del momento (con elogios a los mejores y mandato de quema para los que los censores evalúan como peores): poemas épicos como *La Araucana*, sagas de los libros de caballerías, novelas pastoriles. En el capítulo 13 de *Amuleto*, el gesto de Auxilio no se vuelve hacia el pasado, sino hacia el futuro. El suyo será un escrutinio “profético”: “César Vallejo será leído en los túneles en el año 2045. Jorge Luis Borges será leído en los túneles en el año 2045. Vicente Huidobro será un poeta de masas en el año 2045” (134). Por estas profecías pasarán Maiacovski, Proust, Pavese, Girondo, Woolf, Parra, Paz y McCullers, entre muchos otros. Las profecías de Auxilio, como el escrutinio del cura y del barbero, tienen mucho de crítica literaria.

Auxilio es un eslabón más en la larga genealogía de personajes lectores optimizada por Cervantes. Como don Quijote, lee desafortadamente. Por otro lado, en su calidad de mujer, remite también a la otra gran lectora quijotesca: Madame Bovary, quien fuera definida por José Ortega y Gasset como “un Quijote con faldas” (1983, 399). La frase de Ortega enhebra las tradiciones: el Quijote con faldas de Flaubert, el Quijote en versión femenina de Bolaño.

Así leía el hidalgo cervantino:

Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pependencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo (I, 1, 23).

Así lee Auxilio: “aunque no quería leer, me puse a leer, lentamente al principio, palabra por palabra y verso por verso, aunque poco después la lectura fue acelerándose hasta que finalmente se hizo enloquecedora [...] una lectura en caída libre” (31).

Entonces, si bien los dos leen hasta la locura, los efectos de la lectura son distintos. Don Quijote sale al mundo para conseguir que “aquella máquina de sonadas soñadas invenciones que leía” se transforme en realidad; Auxilio se aparta de la violencia del mundo: “cerré el libro y cerré los ojos y me dije: Auxilio Lacouture, ciudadana del Uruguay, latinoamericana, poeta y viajera, resiste” (35). De este modo, en la América latina de fines del siglo XX, el personaje ya no usará la lectura como modelo de interpretación del mundo o como modo de sobrevivir a la

balcánico... [...] la historia referida por él ocurrió al promediar o al empezar el siglo XIX. Digamos, (para comodidad narrativa) Irlanda; digamos 1824” (1989, 496).

mediocridad burguesa, sino que se servirá de ella como resistencia frente a la violencia estatal imperante.

En medio de aventuras oníricas, con un manejo del tiempo astillado y con superposición de espacios, el *ritornello* constante de la novela vuelve a la escena primigenia: la mítica mujer que queda encerrada en el baño de la facultad mientras los militares violan la autonomía. Es la mítica mujer extranjera que sobrevive encerrada en “la burbuja de la poesía de Pedro Garfías” (29):

Pensé: estoy en el lavabo de mujeres de la Facultad de Filosofía y Letras y soy la última que queda [...] Y también pensé (porque no soy tonta): todo ha acabado, los granaderos se han marchado de la Universidad, los estudiantes han muerto en Tlatelolco, la Universidad ha vuelto a abrirse, pero yo sigo encerrada en el lavabo de la cuarta planta (127-8)¹³.

El personaje vive aventuras que rozan lo surrealista y que aparecen narradas de modo inconexo. Pero constantemente, dónde y cómo esté, se produce la vuelta al lugar primigenio: “Yo vivía encerrada en la lavabo de mujeres de la Facultad, vivía empotrada en el mes de septiembre del año 1968” (43). Este espacio, su “atalaya” (52), esta temporalidad, “mi nave del tiempo” (52), es el punto de mira de todos los sucesos de la novela y de la historia latinoamericana. De este modo, cuando se produce el golpe que derroca a Salvador Allende en Chile, “en ese septiembre de 1973 aparecía el sueño de septiembre de 1968” (67). La elección del autor es colocar, a modo de vigía constante de ese doloroso espectáculo, la figura de un quijote femenino y alucinado, que en la última escena de la novela tiene la visión de un valle en el cual los jóvenes latinoamericanos, cantando, se dirigen hacia un abismo.

¿Cómo invierte Castellanos Moya la figura quijotesca? A diferencia de lo que ocurre en la novela de Bolaño, el personaje no se asume explícitamente como una versión de don Quijote. Es posible, sin embargo, vislumbrar la matriz cervantina en el trabajo de construcción del protagonista lector y su particular enloquecimiento, así como una serie de alusiones cervantinas que se descubren en la novela¹⁴.

En lo que respecta a la construcción del personaje lector, la inversión principal que realiza esta novela se relaciona con el tipo de lectura y el modo de leer. Según ya se ha dicho, el

¹³ Además de ser lectora de poesía, la protagonista pasa sus noches mexicanas con jóvenes poetas que podrían ser sus hijos, entre los que se encuentra Arturo Belano, alter ego del autor y uno de los protagonistas de la novela que Bolaño publicó en 1998, *Los detectives salvajes*. *Amuleto* tiene su origen en el capítulo 4 de la segunda parte de *Los detectives...* El discurso de Auxilio, de diez páginas en la novela del 98, se extiende a las más de 150 páginas de texto alucinado en la novela del 99. Este proceso, a través del cual “Bolaño retoma ese fragmento, lo desgaja del espacio de inserción original, y, mediante un complejo proceso de transformación lo constituye en otro texto” es denominado por Manzoni “autofagia” (2002, 176).

¹⁴ Las alusiones cervantinas se dan fundamentalmente en torno al personaje de Joseba, el “gachupín”, que aparece como un Quijote desplazado del centro del texto. Se trata de un psiquiatra vasco que ayuda a los aborígenes a procesar la violencia de la que son objeto. Joseba remite a don Quijote en virtud de su misión salvadora: “vaya paradoja, que un sujeto con la más arquetípica pinta de conquistador español se haya dedicado con tanta devoción a rescatar la memoria masacrada de los indígenas”. (82) A lo largo de la novela, Joseba es nombrado como: “el hidalgo” (84), “el gallardo caballero” (85 y 88) y “el hidalgo español” (124). Otra prueba de la presencia de Cervantes en la obra de Castellanos Moya es el título que le da a la compilación de “Casi todos los cuentos” que publica en 2009. Esta colección se titula *Con la congoja de la pasada tormenta*, frase extraída del *Quijote* (I, 17, 125). El cuento que lleva ese nombre dentro del libro expande la referencia al ampliar la cita en el epígrafe.



personaje/narrador se confiesa loco desde la primera página. La especie de su locura está perfectamente identificada: se trata de un paranoico¹⁵.

El personaje cervantino leía ficción, mientras que el personaje contemporáneo lee testimonios. Así como Cervantes toma por las astas los géneros y los problemas literarios de su época¹⁶, Castellanos Moya encara uno de los géneros más problemáticos de este momento y pone en debate su uso. La valoración del testimonio ha sido un tema que ha ocupado el interés de los especialistas en historia reciente¹⁷. De hecho, uno de los primeros gestos de las democracias de fines del siglo XX es su recopilación. Y el informe REHMI, disparador de la novela, no es otra cosa que la recuperación del testimonio de los miembros de las comunidades mayas víctimas de la represión militar guatemalteca.

En el ámbito de la literatura latinoamericana, el testimonio fue incorporado en los textos ficcionales de las incipientes democracias de fin de siglo. Diversas también han sido las valoraciones de las que fue objeto¹⁸. Lo que nos interesa en este trabajo son las relaciones que el testimonio sostiene con la realidad. En palabras de Celina Manzoni: “Aunque *Insensatez* apuesta por la ficción [...] no es posible evitar que la lectura se inserte en esa lábil frontera, esa como tierra de nadie en la que se demoran la ficción y la historia del presente” (2015: 113).

Si don Quijote era un lector compulsivo de la literatura maravillosa, anclada en el mundo idealizado y utópico de los libros de caballerías, el corrector es un lector contratado del testimonio, esa zona de “frágiles bordes genéricos” (Manzoni 2015, 114) que oscila entre la realidad y la ficción. Pero independientemente de la cuestión teórica, el corrector lee el testimonio como la expresión de la realidad, y eso es lo que interesa. Porque si don Quijote buscaba escapar de su mundo de añoranza de la aventura creyendo lo que leía, el corrector centroamericano no puede escapar de la realidad que lo acosa desde su lectura. Las aventuras de don Quijote son exteriores: surcan los campos de La Mancha y de otras regiones de España. Las aventuras del corrector son claustrofóbicas y no salen de la oficina del obispo que le ha cedido su espacio para el trabajo: “esa extraña sensación de estar a punto de entrar a un mundo prohibido e indeseable fue la que tuve temprano en la mañana mientras esperaba que abrieran el enorme portón de madera” (25). Encerrado en ese “mundo regido por las leyes del catolicismo, que siempre habían generado en mí la peor repulsión” (26), el protagonista tiene una sola ventana abierta al exterior: el texto testimonial, que lo engarza con lo peor de la condición humana.

La única salida es encontrar un modo particular de leer el horror. Si, en palabras de Michel Foucault, don Quijote “lee el mundo para demostrar los libros” (2011, 64), el personaje

¹⁵ “Prefería cualquier distracción que entorpeciera mi lectura de las mil cien cuartillas a padecer *nuevos ataques* de paranoia” (19); “convivir con esos textos las veinticuatro horas del día podría ser fatal para una personalidad compulsiva como la mía, dispararía *mi paranoia* a niveles enfermizos” (31, ambos destacados nuestros).

¹⁶ Son clásicas, por ejemplo, las discusiones respecto del teatro que se producen entre el canónico y el cura en el capítulo 48 de la Primera parte de la novela.

¹⁷ Sólo un ejemplo para ilustrar: la disputa sostenida entre Hayden White y Carlo Ginzburg en sus respectivos artículos “El entramado histórico y el problema de la verdad” y “Solo un testigo”, recogidos en el libro compilado por Saúl Friedlander que figura en la bibliografía. Como sostienen Ana Amar Sánchez y Luis Avilés: “el problema de la representación de la violencia no se limita a los estudios latinoamericanistas; estas reflexiones dialogan con los numerosos trabajos que se han producido sobre el Holocausto, el nazismo y la memoria de las víctimas” (2015: 11).

¹⁸ A modo de ejemplo relevamos tres miradas: la vivencial de Pilar Calveiro (“Cada testimonio es un universo completo, un hombre completo hablando de sí y de los otros” (2004: 30)); la analítica de Ana María Amar Sánchez (“Lo real no es describable ‘tal cual es’ porque el lenguaje es otra realidad e impone sus leyes a lo fáctico; de algún modo lo recorta, organiza y ficcionaliza” (1990: 447)); hasta la evaluación política de Beatriz Sarlo, que instaura la sospecha sobre el género (“Tanto como las de cualquier otro discurso, las pretensiones de verdad del testimonio son eso: un reclamo de prerrogativas” (2005, 80).



de Castellanos Moya encuentra la “solución” en leer en el sentido más acabado de la palabra: detenerse en la superficie, volverse jakobsonianamente sobre el lenguaje¹⁹, impedir la trascendencia al referente, paladear la escritura, porque el más allá es intolerable. Así, frente a testimonios dados en lengua maya y traducidos por las catequistas de las comunidades que el personaje debe corregir, su opción es la lectura poética.

Como ya se dijo, en la novela los fragmentos testimoniales aparecen como en el informe original: en otro tipo de letra, para que aun desde el punto de vista gráfico, “brillen” dentro de la prosa. En lugar de focalizar en la sintaxis rota o en el castellano degradado por hablantes de otro idioma, el corrector se centra en “la riqueza del lenguaje [...] y en la curiosa construcción sintáctica que me recordaba a poetas como el peruano César Vallejo” (32). En la visión de Manzoni, este es un nuevo modo de leer el género:

Superada la estética del testimonio tal como fue canonizada en los años setenta, las voces se le imponen con la fuerza de la gran poesía, ajena tanto a la compunción de las buenas conciencias como a la hipocresía de la corrección política (2015, 114).

El testimonio rescatado y traducido por los catequistas es fragmentado y pulido en su carácter poético. Así, la frase *Que siempre los sueños allí están todavía* es para el personaje una “espléndida frase que había iluminado mi tarde de trabajo en el palacio arzobispal con su sonoridad, su estructura impecable abriéndose a la eternidad sin soltar el instante, con ese uso del adverbio que retorció el pescuezo del tiempo” (122). *Tanto en sufrimiento que hemos sufrido tanto con ellos*, es leída por el protagonista y seleccionada para su libreta de apuntes, que tiene como destino una novela que jamás se escribirá. En esta frase el corrector lee una

musicalidad que me dejó perplejo desde el primer momento, cuya calidad poética era demasiada como para no sospechar que procedía de un gran poeta y no de una anciana indígena que con ese verso finalizaba su desgarrador testimonio que ahora no viene al caso (43-4).

El “desgarrador testimonio que ahora no viene al caso” es la realidad que el lector no puede desconocer, pero que no es capaz de asimilar. Ante la mirada asombrada del arzobispo respecto de esta manera de leer, afirma el protagonista: “una mirada que me hizo temer que él me considerara un literato alucinado en busca de versos allí donde lo que había era una brutal denuncia de los crímenes de lesa humanidad” (69).

Para la prestigiosa cervantista Ruth Fine, la puesta en abismo o “metalepsis” es “la metáfora primordial de todo el sistema novelístico del *Quijote*” (2013: 113). La metalepsis de *Insensatez* radica en que el modo de leer del corrector es el modo que Castellanos Moya propone para poder soportar la violencia latinoamericana: leer la poesía del horror como adarga protectora. Jorge Semprún, el escritor español sobreviviente de Buchenward, enfrentado al desafío de narrar su experiencia, escribió: “Únicamente el artificio de un relato dominado conseguirá transmitir parcialmente la verdad del testimonio” (1995, 25)²⁰. La propuesta que

¹⁹ Para Roman Jakobson, la función poética, es decir, la función comunicativa que remite al mensaje en sí mismo, “al profundizar la patentización de los signos, profundiza la dicotomía fundamental de signos y objetos” (1981, 358).

²⁰ En sintonía con esta frase de Semprún aparece la rectificación que Adorno realiza de sus dichos respecto de la imposibilidad de poesía después de Auschwitz. El filósofo duda respecto de la posibilidad de que los sobrevivientes puedan seguir viviendo después del *lager*, pero no de la posibilidad de la expresión poética: “El sufrimiento perenne



María Elena Fonsalido y Clea Gerber

Castellanos Moya realiza a los lectores (la novela que nunca escribe el corrector en base a los testimonios que selecciona) es interponer la lente de la literatura para poder asumir el trauma histórico. Porque esta lente, lejos de apartar al lector de la realidad, es la única que le permite focalizarla en toda su dimensión.

DOS VERSIONES DE UN FINAL

En el alucinado final de *Amuleto*, una Auxilio plena de atributos quijotescos, “flaca, arrugada, malherida” (153), contempla inerme e impotente la pesadilla:

a los niños más lindos de Latinoamérica, a los niños mal alimentados y a los bien alimentados, a los que lo tuvieron todo y a los que no tuvieron nada, qué canto más bonito sale de sus labios, qué bonitos eran ellos, qué belleza, aunque estuvieran marchando hombro con hombro hacia la muerte, los oí cantar y me volví loca, los oí cantar y nada pude hacer para que se detuvieran [y] los muchachos fantasmas cruzaron el valle y se despeñaron en un abismo (153).

En el final de *Insensatez*, por su parte, el corrector, perdido irremediablemente en la paranoia, ya exiliado en Europa, ve la persecutoria figura del general Octavio Pérez Mena en cada rostro que lo rodea. Su grito repite compulsivamente uno de los testimonios del informe corregido: *¡Todos sabemos quiénes son los asesinos!*²¹

Ambos textos denuncian la masacre del continente en dos dimensiones temporales: el pasado, que resulta clausurado en la perpetuación de la injusticia del genocidio indígena y el futuro, que es abortado en las sociedades que asisten impotentes a la matanza de sus jóvenes. En los dos, un lector quijotesco enloquece al leer la memoria del pasado y encuentra en la lectura el modo de resistir la fatalidad del futuro. La figura del hidalgo manchego se constituye en una imagen productiva para la novela latinoamericana contemporánea. Su estructura, modificada, desplazada, invertida, sigue siendo el instrumento que la tradición literaria ofrece para ayudar a soportar las penas de la historia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adorno, Theodor. *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad*. Madrid: Akal, 2005.
- Amar Sánchez, Ana María. “La ficción del testimonio”. *Revista Iberoamericana* N° 56 (1990): 447- 461.
- Amar Sánchez, Ana María & Luis Avilés eds. *Representaciones de la violencia en América Latina: genealogías culturales, formas literarias y dinámicas del presente*. Madrid/ Frankfurt: Iberoamericana Vervuert, 2015.

tiene tanto derecho a la expresión como el martirizado a aullar; por eso quizá haya sido falso que después de Auschwitz ya no se podía escribir ningún poema” (Adorno 2005, 332).

²¹ La novela termina con la noticia que un amigo envía al narrador: “Ayer a mediodía monseñor presentó el informe en la catedral con bombo y platillo; en la noche lo asesinaron en la casa parroquial, le destruyeron la cabeza con un ladrillo. Todo el mundo está cagado. Da gracias que te fuiste” (155). El verdadero informe REHMI se presentó al público el 26 de abril de 1998. El 28 de abril, Monseñor Juan Gerardi, responsable del Proyecto interdiocesano de recuperación de la memoria, fue asesinado a golpes con un bloque de concreto.



- Basile, Teresa coord. *Literatura y violencia en la narrativa latinoamericana*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 2015.
- Bolaño, Roberto. *Amuleto*. Barcelona: Anagrama, 2007.
- Bolaño, Roberto. “Bolaño por Bolaño”. En *Roberto Bolaño: la escritura como tauromaquia*, ed. Celina Manzoni, 201-202. Buenos Aires: Corregidor, 2002.
- Bolaño, Roberto. *Estrella distante*. Buenos Aires: Anagrama, 1996.
- Bolaño, Roberto. *Nocturno de Chile*. Buenos Aires: Anagrama, 2000.
- Borges, Jorge Luis. “Tema del traidor y del héroe”. En *Ficciones. Obras completas (1923-1949)*. Buenos Aires: Emecé, 1989.
- Calveiro, Pilar. *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue, 2004.
- Calvino, Ítalo. *Por qué leer a los clásicos*. Barcelona: Tusquets, 1995.
- Castellanos Moya, Horacio. *El arma en el hombre*. Barcelona: Tusquets, 2001.
- Castellanos Moya, Horacio. *El Asco. Thomas Bernhard en San Salvador*. San Salvador: Editorial Arcoiris, 1997.
- Castellanos Moya, Horacio. *Donde no están ustedes*. Barcelona: Tusquets, 2003.
- Castellanos Moya, Horacio. *Insensatez*. Buenos Aires: Tusquets, 2004.
- Castellanos Moya, Horacio. *Tirana memoria*. Barcelona: Tusquets, 2008.
- Castellanos Moya, Horacio. “Insensatez”, Los anillos de Saturno. Revista digital, 2012. www.youtube.com/watch?v=IVyTshb4EIk (fecha de consulta 8 de mayo de 2016)
- De Cervantes Saavedra, Miguel. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Edición y notas de Celina Sabor de Cortazar e Isaías Lerner. Prólogo de Marcos Morínigo. Buenos Aires: Eudeba, 1969.
- De Cervantes Saavedra, Miguel. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. La Habana: Gobierno Revolucionario/Imprenta Nacional. Col. Biblioteca del Pueblo, 1960.
- De Cervantes Saavedra, Miguel. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Edición del IV Centenario. Real Academia Española. Asociación de academias de la Lengua Española: 2005.
- Fine, Ruth. “Borges, reescritor del *Quijote*”. En *El Quijote: palimpsestos hispanoamericanos*, comp. María Stoopan Galán, 99-118. México: UNAM-Dickinson College, 2013.
- Foucault, Michel. “Representar”. En *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, 63-93. Buenos Aires: Siglo XXI, 2011.
- Foucault, Michel. *La gran extranjera. Para pensar la literatura*. Buenos Aires: Siglo XXI 2015.
- Friedlander, Saúl comp. *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes, 2007.
- García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1967.
- Jakobson, Roman. “Lingüística y poética”. En *Ensayos de Lingüística general*, Roman Jakobson, 347-395. Barcelona: Seix Barral, 1981.
- Manzoni, Celina. “Narrativas de la violencia: hipérbole y exceso en *Insensatez* de Horacio Castellanos Moya”. En *Literatura y violencia en la narrativa latinoamericana*, coord. Teresa Basile, 111-127. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 2015.
- Manzoni, Celina. “Reescritura como desplazamiento y anagnórisis en *Amuleto*”. En *Roberto Bolaño: la escritura como tauromaquia*, coord. Celina Manzoni, 175-185. Buenos Aires: Corregidor, 2002.
- Ortega y Gasset, José. “Flaubert, Cervantes y Darwin”. En *Meditaciones del Quijote*, 399-400. Madrid: Alianza, 1983.



María Elena Fonsalido y Clea Gerber

- Paniatowska, Elena. *La noche de Tlatelolco: Testimonios de historia oral*. México D.F: Ediciones ERA, 1971.
- Piglia, Ricardo. *El último lector*. Buenos Aires: Anagrama, 2005.
- Saer, Juan José. *La narración-objeto*. Buenos Aires: Seix Barral, 1999.
- Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.
- Semprún, Jorge. *La escritura o la vida*. Barcelona: Tusquets, 1995.
- Shklovski, Viktor: “Cómo está hecho Don Quijote: los discursos de Don Quijote”, en *Antología del Formalismo ruso y el grupo de Bajtín. Semiótica del discurso y Posformalismo bajtiniano*, Vol. 2, E. Volek, 137-147. Madrid: Fundamentos, 1995.
- Stoopen Galán, María. “Un ingenioso hidalgo y un gaucho insufrible”. En *El Quijote: palimpsestos hispanoamericanos*, comp. María Stoopen Galán, 239-258. México: UNAM-Dickinson College, 2013.

